

Nuestro Congreso CELEHIS...

Nuevamente estoy escribiendo las palabras preliminares sobre el Congreso Internacional del CELEHIS –esta vez el V– aunque en realidad debiera ser el VI, pues ya en 1995 habíamos organizado un Congreso de Homenaje a José Carlos Mariátegui que fue de carácter internacional, evento que nos permitió entrenarnos en esta tarea grupal de organización realizada a lo largo de veinte años; muchos se han sumado desde entonces –nuevos docentes, tesistas, becarios, estudiantes–, pero cuyo núcleo duro seguimos compartiendo los mismos investigadores de entonces. Quiero señalar una diferencia de actitud con la que escribo: como se sabe, el adjetivo “nuestro” indica posesión y ello implica, para mí en este caso, permitirme un registro más sesgado hacia lo subjetivo. Podría pensarse que esa pertenencia ya existía y en efecto, es así, pero el hecho de que esta vez la mayor responsabilidad recayera sobre Aymar de Llano como Directora del Centro y por consiguiente, Presidente del Congreso, me exime de cierto grado de formalidad. Por lo tanto, estas palabras no pretenden ser una descripción de lo mucho que podría decirse de quienes, como invitados especiales, nos donaron con su presencia y sus intervenciones: elijo simplemente mencionar algunos momentos o escenas que me impactaron especialmente. Ello no implica un criterio valorativo o mensurable de tales intervenciones; el

índice de esta revista con los nombres de los invitados y los temas de sus conferencias hace innecesaria toda aclaración: el lector, puedo asegurarle, no se sentirá defraudado.

Voy a esos momentos y recuerdo la inauguración con Noé Jitrik, cuyo apodo para el CELEHIS podría ser “El perpetuo”: perpetuo, permanente pero también fluyente y sin límites discursivos perceptibles en su barroca sintaxis, como la noción misma de extensión que desplegó en la conferencia inaugural. Otro momento de emoción tanto afectiva como intelectual fue el homenaje a Susana Zanetti. Las palabras de los participantes promovieron un efecto inmediato; el mismo puede condensarse, cosa rara en estos casos, con la palabra autenticidad: Mónica Marinone habló desde la admiración y el cariño para quien fuera su mentora, no sólo su directora sino también su entrañable amiga. Noé Jitrik, como su par, colega y compañero en espacios de trabajo en común, la caracterizó desde una mirada personal y Pablo Montoya maravilló con la elegancia de su estilo: contención a la vez que profundidad en el sentimiento, en un registro que podría llamarse clásico, propio del dominio de un español tan rico como sobrio, característico de la lengua culta de su país. Así expresó su reconocimiento a la crítica –luego amiga– que supo leer sus novelas con lucidez y generosidad y advertir en ellas la presencia de un escritor en serio.

Una hermosa experiencia fue escuchar –palabras y acompañamiento musical– a Martín Kohan en “El desamor”. Una presentación situada entre la conferencia y la performance así como tensa entre dos polos: la reflexión filosófica y el humor. Por el primero de ellos, podría decirse que se inscribía en el largo y prestigioso linaje de los ensayos a la manera clásica: desde Montaigne hasta el Barthes del discurso amoroso. Por el segundo, deslumbró con la sutileza de un humor irónico mientras se oían esos tangos que cantan las mil caras posibles del abandono del amante y que varios del público (entre los que me cuento) coreamos

entusiasmados.

Y no más decir: un recuerdo agradecido a mis dos compañeras de panel de cierre –Melchora Romanos y Celi-
na Manzoni– porque con el nivel de sus presentaciones ele-
varon la mía, así como en tantas otras ocasiones académicas
y no académicas, nos reunimos con la comodidad que da el
conocimiento. Como siempre, un agradecimiento a quienes
nos acompañan respondiendo a estas convocatorias con su
asistencia y trabajos y también a quienes nos ayudan gra-
cias a un sentimiento de pertenencia: estudiantes, becarios,
tesistas.

Elisa Calabrese
Directora de la Revista